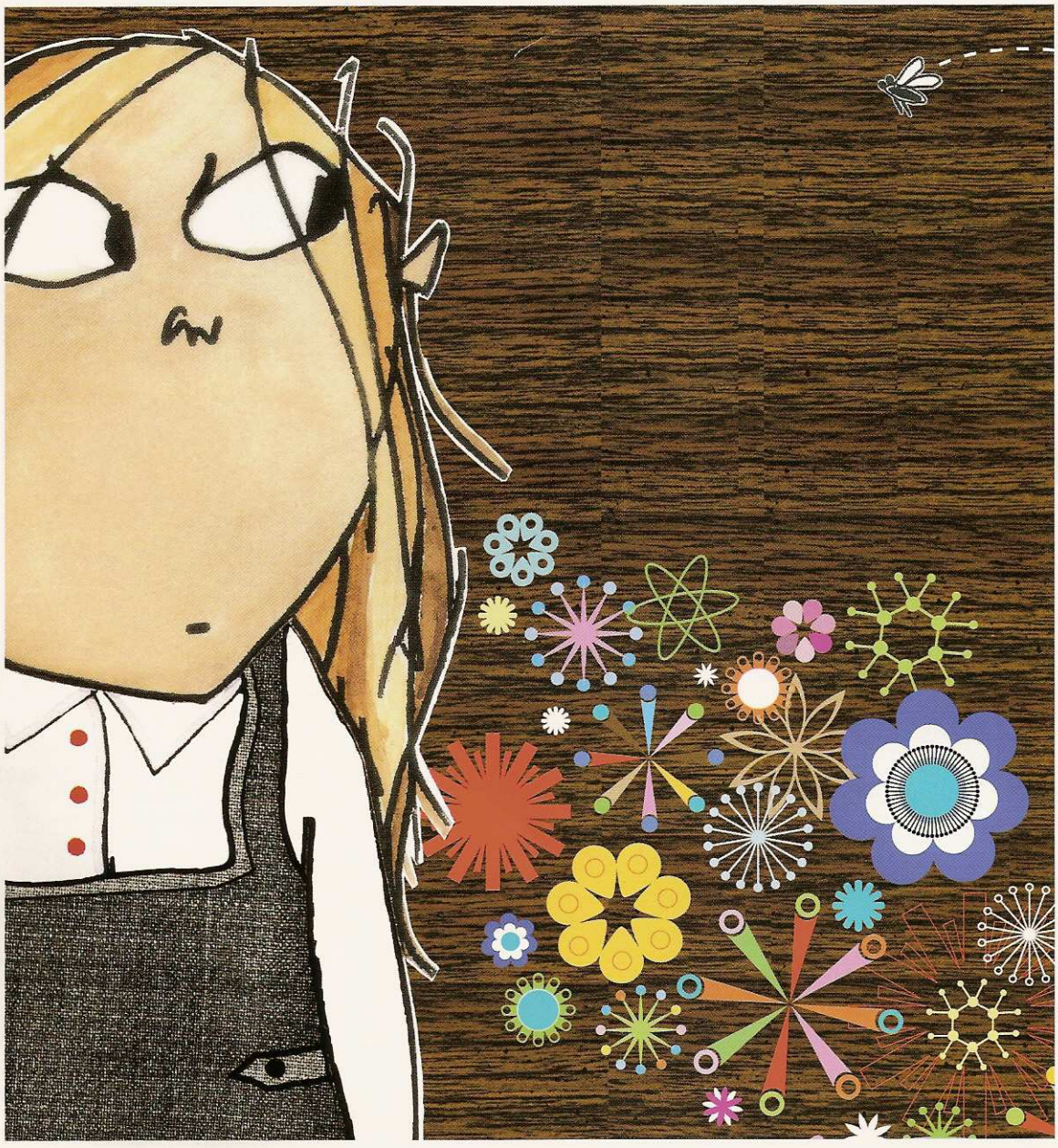
CLIJ

AÑO 19
NÚMERO 199
DICIEMBRE 2006
6,50 €

Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil



8 480002 035132 00199

Entrevista: Tony Ross

Cine y literatura: Alatriste

CLIJ

Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil

199

SUMARIO

5
EDITORIAL
La Ley del Libro, la Lectura y las Bibliotecas

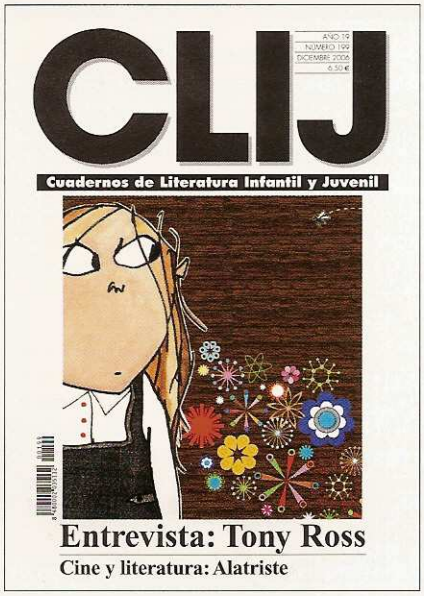
7
ENTREVISTA
Detrás del trazo
Entrevista a Tony Ross
Gustavo Puerta Leisse y Marta Ansón Balmaceda

20
LA PRÁCTICA
La experiencia de un club de lectura juvenil
Neus Montserrat Vintró

23
BIBLIOGRAFÍAS
Los viejos roqueros nunca mueren
La montaña y sus lecturas (II)
Miquel Rayó

28
ENTREVISTA
María Nikolajeva, una apasionada de la LIJ
Luis Daniel González

37
AUTORRETRATO
Lauren Child



NUESTRA PORTADA

Lauren Child, la conocida autora e ilustradora inglesa, creadora de personajes como Ana Tarambana o los hermanos Juan y Tolola, nos ha regalado la portada de este CLIJ especial, porque es el último del año y porque con él cumplimos la mayoría de edad, los 18 años.
La ilustradora ha elegido al personaje con el que debutó en la literatura infantil en 1999 y también en la literatura juvenil, la alocada Ana Tarambana, para presidir esta portada de lujo. Será, pues, nuestra «hada madrina» en la nueva etapa que ahora iniciamos ya como «adultos». Agradecemos a Lauren Child su colaboración y también a Poppy Grijalbo, la editora de Serres (ahora dentro del grupo RBA) que dio a conocer a la autora en nuestro país.

40
CINE Y LITERATURA
Ayer, hoy y ¿mañana?
Alatriste, *de Agustín Díaz Yanes*
Ernesto Pérez Morán

47
COLABORACIONES
Piel de Asno *o la tradición del incesto literario*
Blanca Álvarez

51
BIBLIOTECAS IMAGINARIAS
La Biblioteca de Babel
Emilio Pascual

54
REPORTAJE
I Congreso Nacional de Bibliotecas Escolares
Fabricio Caivano

57
LIBROS

77
AGENDA

82
¿POR QUÉ LEER?
El placer de la lectura
Viviane Ardevol

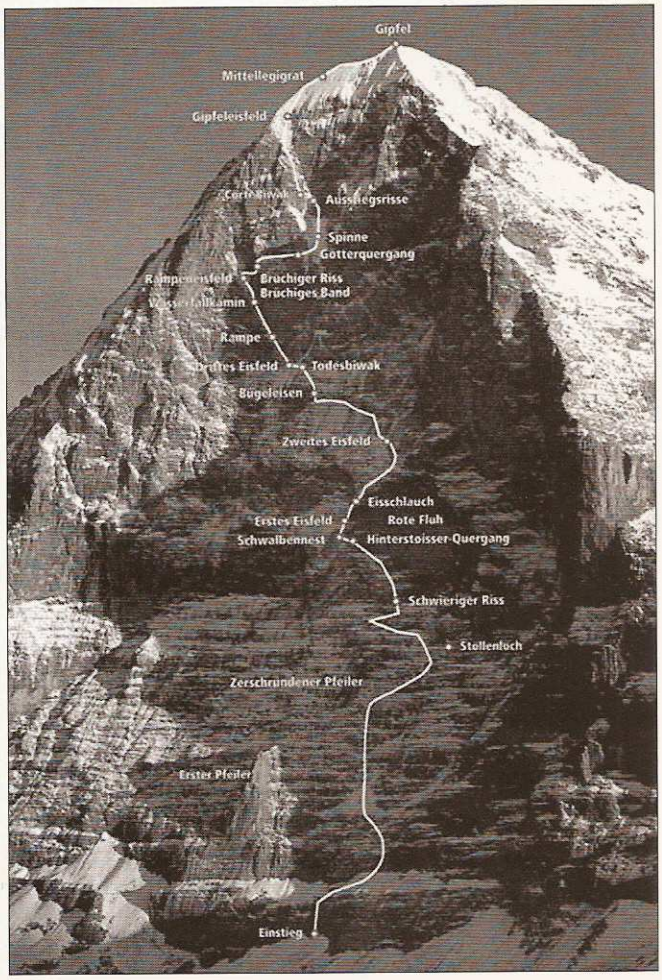
BIBLIOGRAFÍAS

Los viejos roqueros nunca mueren

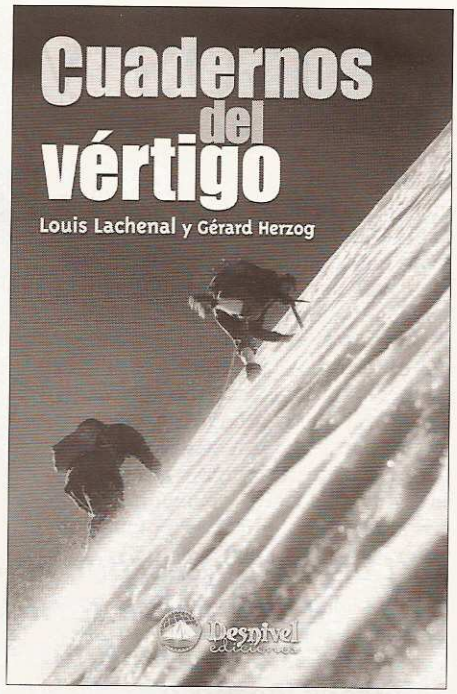
La montaña y sus lecturas (II)

Miquel Rayó*

El conocido escritor mallorquín, Miquel Rayó, insiste en un tema que le apasiona: los libros de montañeros o de «viejos roqueros» como ahora los ha bautizado, en que estos aventureros nos cuentan sus hazañas escalando las cumbres del mundo. En el artículo anterior, publicado en CLIJ 162, de julio-agosto de 2003, Rayó recomendaba a los jóvenes una serie de títulos firmados por algunos escaladores famosos por haber alcanzado la cima del Everest, el techo del mundo. En esta ocasión se hace eco también de otros títulos, igual de emocionantes, escritos por alpinistas de distintos países que también han escalado otras montañas y han sabido transmitir la emoción, el peligro y la pasión de sus gestas sobre el papel. «Los leo y de vez en cuando tengo que cerrar el libro, porque la imaginación exaltada me coloca en el trance de un paso imposible, de una caída al vacío...» afirma Rayó sobre estas lecturas «de altura».



Retrato de Edward Whymper que narró su aventura en la cumbre del Cervino. Al lado, Anderl Keckmair en los Alpes.

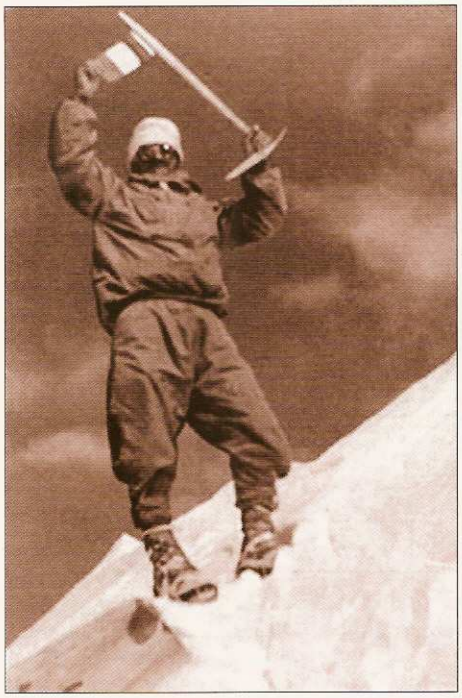


Escalé alguna pared hace muchos años. La actividad exigía concentración, agilidad, fuerza y poder mental para vencer el miedo a la caída. Y una técnica depurada: liarse con las cuerdas o perder un mosquetón es muy fácil (aunque parezca una tontería). Escalé poco y leí mucho. De hecho me interesó más, al final, la lectura que pender de una cuerda en una vertical de roca desnuda o como mucho salpimentada con arbustos raquíticos. Ahora camino y miro (o quisiera mirar) desde abajo las paredes que conocí en los libros. ¿Por qué? En casa había libros así: *La ascensión al Everest* o *Annapurna, el primer 8.000*. ¿Por qué mi padre los tenía? Lo ignoro. Su afición literaria era la ciencia ficción. ¿Los leyó mi madre? Creo que no. Tenía otros gustos literarios. Releí esos libros varias veces. Me aprendí de memoria los nombres de sus protagonistas, humanos o montañas. Los itinerarios de las ascensiones marcados en groseros trazos sobre las fotografías en blanco y negro (la mayoría). Me gusta recomendar esas lecturas entre los jóvenes. Pienso que la aventura que cuentan es de las más interesantes de nuestra época. Tal vez esos escaladores legendarios han sido los últimos aventureros en la superficie de nuestro planeta (descontado el fondo del mar).

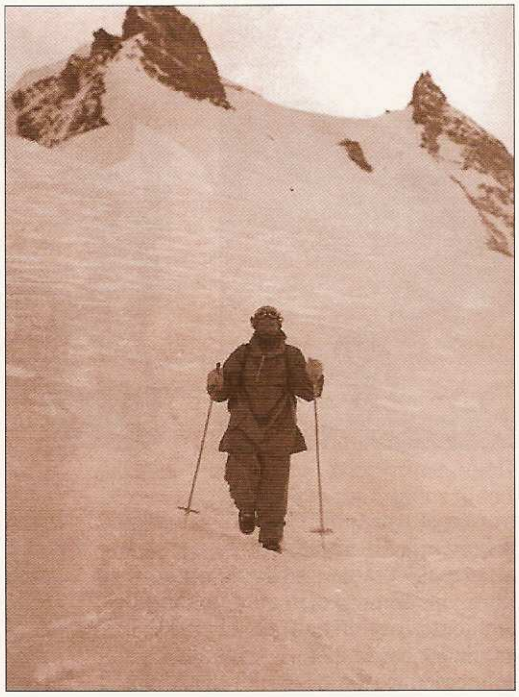
Hoy, lo confieso, incluso caminar bajo según qué paredes me angustia (dos ejemplos: el Naranjo y el Cervino). Estuve bajo el Cervino (o Zermatt) el verano pasado. En pocas palabras: I-m-p-r-e-s-i-o-n-a-n-t-e. Siento vértigo todavía. Y lo siento también si leo libros de montañeros. Especialmente, los escritos por los primeros alpinistas de verdad, primeros expedicionarios a las cumbres más altas, arriesgados trazadores de primeras rutas y primeras ascensiones en muros horripilantes (¡cuánta vida perdida!). Los leo y de vez en cuando tengo que cerrar el libro, porque la imaginación exaltada me coloca en el trance de un paso imposible, de una caída al vacío, del paso crucial en una travesía bajo un nevero... O pierdo el piolet, o siento el trallazo de una cuerda que se parte, o bien oigo el crujido de un muro de hielo que se resquebraja y que lanzará toneladas de materia letal sobre la cordada...

Un pionero: Whymper

La cumbre del Cervino la holló por primera vez Edward Whymper (1840-1911). Su relato es clásico. Muy británico. Prima en él la descripción sobre la emoción. Intentó la hazaña varias veces. Mantuvo una rivalidad casi deportiva con un atrevido guía local, Jean Antoine Carrell, el cual desistió de su intento a pocos metros de la cima al ver que pocas horas antes del mismo día 14 de julio de 1865 Whymper se le había adelantado con otros ingleses y otros guías locales (entre ellos Michael Croz). Sin embargo, el descenso de la cordada de Whymper fue un desastre. Murieron cuatro personas y la responsabilidad de esas muertes persiguió al británico toda la vida. Se han hecho películas y se han escrito otros libros sobre el accidente. Con cábalas para todos los gustos. Por ejemplo: ¿cortó alguien la cuerda de la que todos pendían sacrificando a algunos compañeros para salvar a los demás? Whymper era un excelente dibujante. Su relato va acompañado de grabados con esas figuras igualmente pioneras de los



A la izquierda, Hérzog en el Annapurna en 1950, que escaló junto a Louis Lachenal. A la derecha, Hermann Buhl, que subió drogado la última parte del Nanga Parbat en 1953.



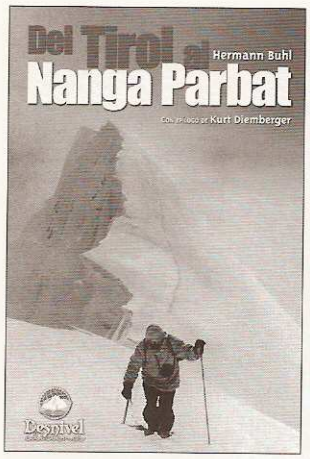
primeros escaladores. Nada que ver con las tremendas (y espectaculares) fotografías de los alpinistas actuales donde casi lo que más se ve son las marcas del material deportivo que usan (gracias a cuya exhibición obtienen financiación para sus escaladas). Es un ejercicio divertido comparar actitudes y atavíos.

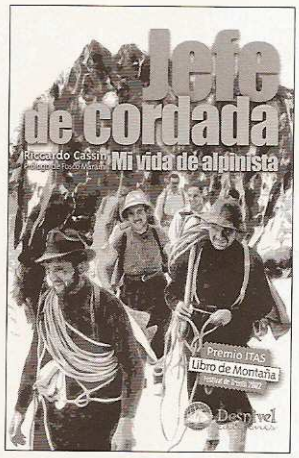
Algunos héroes: Heckmair, Buhl, Lachenal y Hérzog

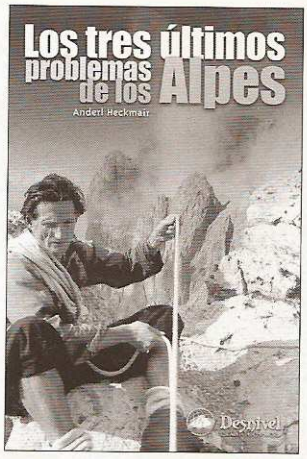
Hermann Buhl (1924-1957) subió drogado la última parte del Nanga Parbat en 1953. Tal como suena. Dicen que tomaba las mismas píldoras estimulantes que usaron, pocos años antes, los pilotos de la aviación alemana de guerra, para mantenerse despiertos y con fuerzas durante más horas de vuelo. Buhl llegó a la cima en solitario, pues su aportación más importante fue la de incorporar el llamado estilo alpino en las expediciones al Himalaya (pocos escaladores, o uno solo, y poco alijo para conseguir mucho en poco tiempo). Su currículo alpino es apabullante (lo cuenta en su libro de memorias): cara sur del Piz Ciavazes, la cara oeste de la cima Canali, primera invernal a la Soldá de la Marmolada, el espolón Walker de las Grandes Jorasses, el Eiger, el Gran Diedro... Su modo rápido asombró. Escalaba solo —algo habitual hoy—, ante el pasmo de sus compañeros (y rivales). Subió al Nanga en una heroica marcha solitaria, pues, ningún miembro de la expedición pudo seguirle. Alcanzó la cumbre arrastrándose sobre manos y rodillas. Perdió algunos dedos. Luego vinieron el Broad Peak y el Chogolisa. Allí murió.

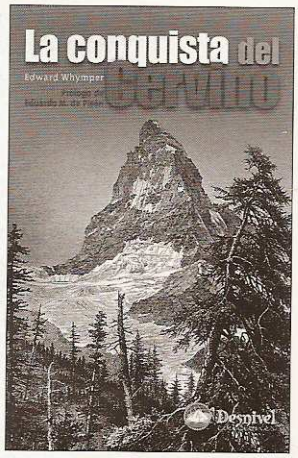
Anderl Heckmair (1906) cuenta como se resolvieron los llamados «tres últimos problemas de los Alpes», tres caras norte heladas, quebradizas, severas y homicidas; imposibles. Norte del Cervino, norte de las Grandes Jorasses y oscura norte del Eiger, la Eigerwand. Y ello pudo ser porque Heckmair estaba en paro (como otros compañeros suyos), en plena crisis de la economía alemana del primer tercio del siglo pasado. No tenía nada que hacer. Sólo escalar. En 1938, Heckmair conquista la cara norte del Eiger (poco antes había superado la pared norte del Cervino) con otros escaladores de leyenda: Heinrich Harrer (el del relato *Siete años en el Tíbet*, por cierto), Kasparek y Vörg. Fue condecorado por Hitler. Cosas de la época. Heckmair ha sido muy criticado por eso; sin embargo, ¿quién con algún éxito deportivo en Alemania no fue poco o muy utilizado por aquel régimen criminal?

Francés, experimentado en numerosas ascensiones en los Alpes, Louis Lachenal (guía de montaña profesional de Chamonix) llegó con Maurice Hérzog a la cumbre del primer ocho mil, el Annapurna, en 1950. Maurice Hérzog (1919) escribió su crónica y tuvo un éxito arrollador en la literatura de montaña, que le sirvió para ocupar cargos en la política francesa y para llegar a ser una institución nacional. Lachenal (1921-1955) no publicó la suya, titulada en francés *Les Cahiers du vertige*. De hecho, ni la terminó. Se publicó mucho más tarde, completada y redactada finalmente por Gérard Herzog, cuando él ya había fallecido en un accidente de esquí. Y al parecer resultó mas auténtica, más sincera. ¿Dolida? Tal vez. Porque Lachenal su-









frió en el Annapurna gravísimas amputaciones que le impidieron seguir en sus montañas durante mucho tiempo. En el libro, que levantó cierta polémica en los ambientes alpinísticos, Lachenal es un escalador capaz de todo, indomable, absolutamente apasionado.

Jefes de cordada y guías: Cassin y Charlet

Ricardo Cassin (1909) es italiano. No olvidemos que los Alpes se extienden también por Italia. Cassin era herrero (¡y probó fortuna como boxeador!). Se fabricaba sus clavijas. Llegó a crear su propia empresa de material para escaladores. Eso fue mucho después de haber conseguido la primera cara norte mítica: la Walker en las Grandes Jorasses, en 1938, antes también de la guerra que lo paralizó todo (excepto la muerte) en Europa. Participó en esa guerra y resultó herido. Su vida es, pues, una sucesión de aventuras verdaderas. No pudo participar en la expedición al K2 en 1954, pero él mismo organizó otras a montañas exóticas hasta aquellos años cincuenta y sesenta del siglo XX, como el Gasherbrum en el Karakórum o el Jirishanca en la cordillera Blanca peruana. Afirmaba que la suerte era condición indispensable para tener éxito en la práctica del alpinismo. La ha tenido.

Armand Charlet (1900-1975), en cambio, no salió de sus paisajes alpinos, donde ejercía de guía profesional contratado por otros escaladores, generalmente ingleses. En Chamonix su renombre le llegó a garantizar nuevos clientes cada temporada, aunque se dice que él se quejaba de no encontrar clientes a su nivel. Escalaba al parecer a gran velocidad, con agilidad de saltimbanqui, hallando presas insólitas, arriesgadamente. Los guías eran personajes locales que acompañaban a los generalmente pudientes extranjeros visitantes de los Alpes en sus excursiones, algunas modestas y sencillas, otras atrevidas y novedosas, con verdadero peligro. Si culminaban, el mérito era obviamente para el cliente. Los guías eran sólo eso: guías. Su es-

VISITE NUESTRA PÁGINA WEB

Armand Charlet haciendo de guía de un grupo de escaladores en los Alpes. Al parecer escalaba a gran velocidad, con agilidad de saltimbanqui.

cuela es la de los cazadores de rebecos o la de los buscadores de cristales de cuarzo. Estamos hablando de los inicios auténticos de la escalada deportiva: cuerda de cáñamo, bastón y botas de clavos o alpargatas. No había materiales sofisticados. Por no haber no había ni técnica de escalada. Se inventaba en cada pared, en cada paso, en cada corredor de nieve y hielo, bajo una lluvia de pedruscos y de carámbanos quebrados y afilados como cuchillos. Charlet destacó precisamente por su habilidad para escalar sobre hielo. Su libro, *Vocación alpina*, es como un relato iniciático. Leerlo es conocer otra época. Y también el ambiente alpino de entreguerras.

Un español: Anglada

La biografía del catalán Josep Manel Anglada (1933) es la de un pionero esencial de un deporte minoritario en España. Sus primeras cletas (botas), su primera cuerda de perlón, sus primeras experiencias las adquirió fuera; en Inglaterra, en Francia, en Alemania. Primer español (y primer catalán, claro) vencedor en la tenebrosa pared norte del Eiger —allí habían quedado antes, agotados y congelados, Rabadá y Navarro, en una escalada de conclusión trágica en 1963—; primer español en trepar con éxito la mítica Walker de las Grandes Jorasses; primer español en organizar expediciones a montañas de más de seis, siete y ocho mil metros. Escaló en Perú, Kenia, Groenlandia, Mali, y en el Hindu Kush, y en muchos otros lugares. No hay que olvidar sus éxitos locales: Riglos, Montserrat, Pirineos. Ni su fecunda vocación divulgadora: artículos, conferencias, libros...

Otra lectura muy diferente: Santoka

Sí. Otra lectura. La montaña como espacio de contemplación espiritual. Vuelvo al Cervino. En Zermatt, la localidad situada al pie de esta impresionante montaña, hay un coqueto cementerio de escaladores japoneses. Santoka no fue escalador; fue monje. Caminó siempre. Abandonó estabilidades y posesiones mundanas. Contempló la montaña desde la sabiduría del humilde observador y además utilizador de palabras. Santoka nunca vio los Alpes. Sus montañas son las del Japón. No escalaba. Las miraba. Las vio así; las percibió así:

«Las montañas, el mar...
Tengo agotado el corazón
de tanta hermosura.» ■

***Miquel Rayó** es escritor.

Bibliografía

Buhl, Hermann, *Del Tirol al Nanga Parbat*, Madrid: Desnivel, 2001.
Cassin, Ricardo, *Jefe de cordada. Mi vida de alpinista*, Madrid: Desnivel, 2003.
Charlet, Armand, *Vocación Alpina*, Madrid: Desnivel, 2000.
Harrer, Heinrich, *Siete años en el Tíbet*, Barcelona: Juventud, 1998.
Heckmair, Anderl, *Los tres últimos problemas de los Alpes*, Madrid: Desnivel, 2002.
Hérzog, Maurice. Annapurna, primer 8.000, Barcelona: Juventud, 1953.
Lachenal, Louis y Herzog, Gérard, *Cuadernos del vértigo*, Madrid: Desnivel, 2001.
Santoka, Taneda, *El monje desnudo. 100 haikus*, Madrid: Miraguano, 2006.
Vergés, Elisabeth, *Anglada*, Madrid: Desnivel, 2002.
Whymper, Edward, *La conquista del Cervino*, Madrid: Desnivel, 2002.